

y tremenda, excavaba espantosas profundidades! Tal era la fisonomía de los salones de aquellos tiempos lejanos y cáudidos, en que el señor Martainville tenía más talento y más chiste que Voltaire.

Aquellos salones poseían una literatura y una política que les eran propias. Creíase allí en Fiévée. El señor Agier tenía la autoridad de una ley. Comentaban á Colnet, el mercader de libros viejos del muelle Malaquais convertido en publicista. Napoleón era unívversalmente reconocido como Ogro de Córcega. Más adelante, la introduccion en la historia del señor marqués de Buonaparte, teniente general de los ejércitos del rey, fué una concession al espíritu del siglo.

No se conservaron mucho tiempo puros aquellos salones. Desde 1818, emperaron ya á germinar allí y despuntar algunos doctrinarios, variedad sospechosa y un tanto alarmante, y cuyo procedimiento consistia en ser realistas y disculparse de serlo. Bonde los ultras se ostentaban muy ufanos y arrogantes, los doctrinarios se hallaban algo avergonzados. Tenian talento y sagacidad; sabian guardar silencio cuando les convenia; y como su dogma político estaba muy bien rebozado en afectada gravedad, debian lograr sus intentos. Hacian, con el mejor éxito, excesos de corbata blanca y de frac abotonado. La falta, ó la desgracia, del partido doctrinario ha consistido en crear una juventud vieja. Afectaban posturas y modales de sabios. Su sueño favorito era ingertar en el principio absoluto y excesivo un poder templado. Oponian, y á veces con mucha inteligencia, al liberalismo destructor un liberalismo conservador. Oíaseles decir: «Gracia para el realismo: él ha prestado más de un servicio. Él nos ha devuelto la tradicion, el culto, la religion, el respeto. Es fiel, valeroso, caballeresco, amante, adicto. Viene á mezclar, aunque á pesar suyo, con las nuevas grandezas

» de la nacion, las grandezas seculares de la monarquía.  
 » Tiene el defecto de no comprender la revolucion, el imperio, la gloria, la libertad, las ideas modernas, las nuevas generaciones, el siglo. Pero este defecto que él tiene para con nosotros, no letenemos nosotros tambien algunas veces para con él? La revolucion, cuyos herederos somos nosotros, debe de tener la inteligencia de todo. Atacar al realismo, es el contrasentido del liberalismo. ¡Qué error tan grave! ¡y qué ceguedad! La Francia revolucionaria falta al respeto debido á la Francia histórica, es decir, á su madre, es decir, á sí misma. Despues del 5 de Setiembre, se trata á la nobleza de la monarquía como despues del 8 de Junio se trataba á la nobleza del imperio. Ellos fueron injustos con el águila, y nosotros somos injustos con la flor de lis. ¡Así, pues, se desea tener siempre algo que proscribir! Desdora á la corona de Luis XIV, raspa el escudo de Enrique IV, ¿son por ventura cosas convenientes y útiles? ¡Nos burlamos del señor de Vaublanc porque borraba las N del puente de Iena! ¿Pero qué era lo que él hacia sino lo mismo que hacemos nosotros? Bouvines nos pertenece, como Marengo. Las flores de lisson nuestras, lo mismo que lo son las N. Todo esto es nuestro patrimonio. ¿Por qué rebajarley amenguarle? No se debe renegar de la patria en el tiempo pasado, como tampoco en el presente. ¿Por qué no hemos de aceptar toda la historia? ¿Por qué no amar á toda la Francia?»

Así criticaban los doctrinarios y protegían á la vez al realismo, descontento de hallarse criticado y protegido de esa manera.

Los ultras marcaron la primera época del realismo; la congregacion caracterizó la segunda. Al arrebató sucedió la habilidad. Limitemos aquí este bosquejo.

En el decurso de esta narracion, el autor de este libro ha



encontrado en su camino este momento curioso de la historia contemporánea; y ha creído que debía ehar, de paso, una ojeada, y trazar aquí algunos de los singulares lineamentos de aquella sociedad, hoy ya desconocida. Pero lo hace rápidamente y sin ninguna idea amarga ó irrisoria. Ciertos recuerdos, afectuosos y respetuosos, pues que conciernen á su madre, le ligan á esa sociedad pasada. Por otra parte, diremos sin reparo que áun ese reducido círculo del cual tratamos aquí más particularmente tenía su peculiar grandeza. Podrá excitar él la sonrisa, pero no el desprecio ni el aborrecimiento. Era la Francia de otros tiempos.

Marius Pontmercy hizo como todos los niños algunos estudios elementales. Cuando salió del poder de su tia Gillenormand, confióle su abuelo á un profesor de la más pura inocencia clásica. Aquella alma jóven que se estaba abriendo como el pimpol o de la rosa, pasó de manos de una mogigata á las de un pedante. Marius tuvo sus años de colegio y despues entró en la escuela de leyes. Era realista, fanático y austero. Quería poco á su abuelo, cuya alegría y cinismo le lastimaban, y se mostraba sombrío para con su padre.

Por lo demas, era un mozo vehemente y frio, noble, generoso, altivo, religioso, exaltado; digano hasta ser duro, puro hasta montaraz.

## IV

## FIN DEL BRIGAND

La conclusion de los estudios clásicos de Marius coincidió con la retirada del señor Gillenormand del mundo. El anciano se despidió del arrabal de San German y del salon de la señora de T., y pasó á establecerse en el Marais, en su casa de la calle de las Filles-du-Calvaire, donde tenía á su servicio, ademas del portero, á la ya conocida Nicolette que habia sucedido á la Magnon, y á aquel Vasco desalentado y asmático de quien hemos habladontes.

En 1827, Marius acababa de cumplir los diez y siete años. Al entrar en casa una noche, vió á su abuelo con una carta en la mano.

— Marius, dijo el señor Gillenormand, mañana saldrás para Vernon.

— ¿Para qué? repuso Marius.

— Para ver á tu padre.



Marius se estremeció. En todo había él pensado, ménos en que pudiera llegar un día en que tuviese que ir á ver á su padre. Nada podía ser para él más inesperado, más sorprendente y, por decirlo de una vez, más desagradable. Era el alejamiento forzado y el acercamiento. No era un disgusto, no, era una carga.

Aparte de los motivos de antipatía política, hallábase Marius convencido de que su padre, el espadachin, como le llamaba el señor Gillenormand en sus días de dulzura, no le quería; esto era evidente, puesto que le había abandonado así, dejándole al cuidado de otros. No sintiéndose querido, tampoco él quería. Nada más natural, decía para sí.

Tan sorprendido y estupefacto quedó, que ni siquiera dirigió la menor pregunta al señor Gillenormand. El abuelo añadió :

— Parece que está enfermo y pregunta por ti.

Después de unos instantes de silencio continuó :

— Máchate mañana por la mañana. Creo que en la Cour-des-Fontaines hay un carruaje que sale á las seis y llega allá al anoecer. Vete en él. Dice que es cosa urgente.

En seguida arrugó la carta y se la metió en el bolsillo. Marius habría podido salir de París aquella misma noche y hallarse junto á su padre á la mañana siguiente. Una diligencia de la calle de Bouloi hacía en aquella época el viaje de Rouen por la noche, pasando por Vernon. Pero ni el señor Gillenormand ni Marius trataron de informarse.

Al anoecer del siguiente día, llegaba Marius á Vernon. Las bujías empezaban ya á encenderse. Al primero que encontró le preguntó por la casa del señor Pontmercy. Pues él opinaba lo mismo que la restauracion, no reconociendo en su padre ni el título de baron ni el grado de coronel.

Habiéndole indicado cuál era la casa, dirigióse á ella, llegó y llamó. Una mujer salió á abrirle, con una lámpara en la mano.

— El señor Pontmercy ? dijo Marius

La mujer permaneció inmóvil.

— ¿ No es aquí ? preguntó Marius.

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

— ¿ Podré hablarle ?

La mujer hizo otro signo negativo.

— ¡ Pero si yo soy su hijo ! repuso Marius. Me espera.

— Ya no le espera á usted, dijo la mujer.

Entonces notó él que lloraba.

Indicóle ella con el dedo la puerta de una sala baja, donde él entró.

En aquella sala, alumbrada solamente por una vela de sebo puesta sobre la chimenea, había tres hombres, uno que estaba de pié, otro de rodillas, y un tercero que se hallaba postrado en tierra, en camisa, tendido á lo largo sobre los ladrillos. Este que estaba en el suelo era el coronel.

Los otros dos eran un médico y un sacerdote que estaba rezando.

El coronel había sido atacado tres días ántes de una fiebre cerebral. Al principio de la enfermedad, teniendo un mal presentimiento, escribió al señor Gillenormand para pedirle su hijo. La enfermedad entre tanto se agravó. La tarde misma de la llegada de Marius á Vernon, el coronel había tenido un acceso de delirio, y se había levantado de la cama, á pesar de las instancias y ruegos de la criada, gritando : — ¡ Mi hijo no llega ! ¡ voy á salir á esperarle ! — Y saliendo de su cuarto, cayó en el pavimento de la pieza que hacía de antesala, donde acababa de espirar.

Habían hecho venir al médico y al cura. Médico y cura, lo mismo que el hijo del coronel, todos habían llegado demasiado tarde.



Á la claridad crepuscular de la vela, distingüfase sobre la mejilla del coronel, yacente y pálido, una gruesa lágrima que habia brotado de sus ojos moribundos. Los ojos estaban ya apagados, pero la lágrima no se habia secado aún. Aquella lágrima, era la tardanza de su hijo.

Marius consideró á aquel hombre á quien él veía por primera y por última vez, aquel rostro venerable y varonil, aquellos ojos abiertos pero que ya no miraban, aquella cabellera blanca, aquellos miembros robustos en los cuales se distinguían acá y acullá unas rayas oscuras, que eran otras tantas estocadas, y várias como estrellas encarnadas, que eran cicatrices de los agujeros abiertos por las balas. Consideró la gigantesca cuchillada que imprimía el heroísmo en aquel semblante en el cual habia impreso Dios la bondad. Recordó que aquel hombre era su padre y que aquel hombre estaba muerto, y quedó frío.

La tristeza que él experimentó fué la tristeza que habria sentido en presencia de cualquiera otro hombre á quien hubiera visto tendido y cadáver.

El dolor, un dolor agudo y punzante, habia entrado en aquel cuarto. La criada se lamentaba en un rincón, el cura oraba, y se le oía sollozar, el médico enjugaba las lágrimas en sus ojos; hasta el mismo cadáver lloraba.

Aquel médico, aqueleclesiástico y aquella mujer miraban á Marius al través de su propia aflicción sin decir una palabra; él era allí el extraño. Demasiado poco conmovido, Marius se sintió como avergonzado y turbado de su actitud; tenía el sombrero en la mano, y le dejó caer, á fin de que creyeran que el dolor le embargaba y quitaba las fuerzas para sostenerle.

Al mismo tiempo experimentaba como un remordimiento, y se acriminaba y se menospreciaba por obrar de esta suerte, ¿Mas era suya la culpa? ¡Cómo! si él no amaba á su padre!

El coronel no dejaba nada. La venta de sus muebles bastaba apenas para pagar el entierro. La criada halló un pedazo de papel que entregó á Marius. Este papel contenía las líneas siguientes, escritas de mano del coronel:

«—*Para mi hijo.*— El emperador me hizo baron en el campo de batalla de Waterloo. Puesto que la restauración me niega este título, que yo pagué con mi sangre, mi hijo le tomará y le llevará. Yo no pongo en duda que él será digno de llevarle.» En el reverso del mismo papel, el coronel habia añadido: «En la misma batalla de Waterloo, un sargento me salvó la vida. Este hombre se llama Thénardier. En estos últimos tiempos, creo que tenía una posada de escasa importancia en un lugar de las inmediaciones de París, en Chelles ó en Montfermeil. Si mi hijo le encontrase, hará á Thénardier todo el bien que pudiere hacerle.»

No por religión para con su padre, sino á causa de ese respeto vago á la muerte que siempre es tan imperioso en el corazón del hombre, Marius tomó aquel papel y le estrechó.

Nada quedó del coronel. El señor Gillenormand hizo vender á un prendero su espada y su uniforme. Los vecinos invadieron y saquearon el jardín, arrebatando todas las plantas raras; y las demás, ó se convirtieron en espinos y malezas, ó murieron.

Marius no permaneció sino unas cuarenta y ocho horas en Vernon. Después del entierro, se volvió á París, á continuar sus estudios de abogado, sin pensar ya jamás en su padre, como si no hubiera existido tal hombre. En dos días fué enterrado el coronel, y en tres olvidado.

Marius puso una gasa negra á su sombrero. Y nada más.





UTILIDAD DE IR Á MISA PARA HACERSE REVOLUCIONARIO

Marius había conservado las costumbres religiosas de su infancia. Habiendo ido un domingo á oír misa á San Sulpicio, á aquella misma capilla de la Virgen adonde su tía le llevaba cuando era niño, como se hallase aquel día distraído y caviloso, más que de ordinario, fué impensadamente á colocarse detras de un pilar, arrodillándose sobre una silla de terciopelo de Utrecht en cuyo respaldo estaba escrito este nombre: *El señor Mabeuf, pertiguero*. Apenas había empezado la misa, cuando se presentó allí un anciano, el cual dijo á Marius :

— Caballero, este es mi puesto.

Marius se apresuró á quitarse de aquel sitio, y el anciano ocupó su silla.

Concluida la misa. Marius se había quedado pensativo á

algunos pasos de distancia de aquel mismo lugar ; el viejo volvió á acercarse á el y le dijo :

— Perdone usted, caballero, que le haya molestado hace poco y que aún le incomode en este momento ; pero usted ha debido hallarme importuno é impertinente y es menester que yo le dé mis explicaciones.

— Es inútil, caballero, le dijo Marius.

— ¡ Nada de eso ! repuso el anciano, yo no quiero que usted forme mala idea de mí. Ya usted ve, yo tengo el mayor interés en ocupar siempre este mismo sitio. Me parece que la misa es mejor, oída desde aquí. ¿ Por qué ? Voy á explicárselo á usted. En este mismo sitio donde yo he visto venir, por espacio de diez años, cada dos ó tres meses, con la mayor regularidad, á un pobre y excelente padre que no tenía otra ocasión ni otra manera de poder ver á su hijo, porque, en virtud de ciertos arreglos ó convenios de familia, le estaba prohibido el verle. Venía siempre á la hora en que él sabía que traían á su hijo á misa. El niño estaba bien ajeno de pensar siquiera que su padre se hallaba aquí mirándole. Quizas ignoraba, hasta que tuviese un padre, la inocente criatura. Por lo que hace al padre, se escondía siempre detras de un pilar, á fin de que no le viesen. Desde allí miraba á su hijo, y lloraba. Aquel pobre hombre adoraba á aquel niño. Yo presencié todo esto. Este sitio ha venido á ser por ese motivo un lugar santificado para mí, por lo cual he tomado la costumbre de venir aquí á oír misa. Lo prefiero al banco de fábrica, donde tengo derecho á sentarme, en mi calidad de mayordomo de ella y pertiguero de la parroquia. Aún llegué también á conocer algo á aquel desgraciado sugeto. Tenía un suegro, una tía rica, varios parientes, yo no sé cuántos que le amenazaban con que desheredarían al niño, si él, padre, intentaba siquiera el verle. Y él se sacrificó para que su hijo fuera rico y dichoso



algun día. Le tenían así completamente alejado, por opiniones políticas. Ciertamente yo apruebo las opiniones políticas, pero hay gentes que no saben contenerse. ¡Válgame Dios! porque un hombre haya estado en Waterloo, no se sigue que sea un monstruo; no es esa una razón para separar á un padre de su hijo. Era un coronel de Bonaparte. Creo que ha muerto ya. Habitaba en Vernon, donde yo tengo á mi hermano, el cura, y se llamaba algo parecido á Pontmarie ó Montpercy... —Por más señas que tenía en la cara la cicatriz de un gran sablazo.

—Pontmercy, dijo Marius palideciendo.

—Precisamente, Pontmercy. ¿Es que usted le ha conocido?

—Caballero, contestó Marius, era mi padre.

El anciano pertiguero cruzó las manos y exclamó:

—¡Ah! usted es el hijo! Sí, eso es, ahora ya debe ser un hombre. ¡Pues bien! pobre niño. ¡puede usted decir que ha tenido un padre que le quería mucho!

Marius ofreció su brazo al anciano y le acompañó hasta á su casa. Al día siguiente, dijo al señor Gillenormand:

—Hemos arreglado una partida de caza entre algunos amigos. ¿Me permitirá usted que me ausente por tres días?

—¡Cuatro! respondió el abuelo, anda, ve y diviértete. Y guiñando el ojo, dijo en voz baja á su hija:

—¡Algun amorio!

## VI

## LO QUE ES EL HABER ENCONTRADO Á UN PERTIGUERO

Adónde fué Marius, ya se verá más adelante.

Tres días estuvo ausente, al cabo de los cuales se volvió á París, dirigióse á la biblioteca de la escuela de leyes, y pidió la colección del *Monitor*.

Tomó el diario oficial y se puso á leerle con la mayor avidez; leyó todas las historias de la república y del imperio, el *Memorial de Santa Elena*, todas las memorias, los periódicos, los boletines, las proclamas; todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre de su padre en los boletines ó partes de campaña del grande ejército, le atacó una fiebre que le duró toda una semana. Fué á ver á los diferentes generales á cuyas órdenes había servido Jorge Pontmercy, entre otros el conde H. El pertiguero Mabeuf, á quien volvió á ver, le refirió la vida retirada y ejemplar que el coronel hacía en Vernon, solitario, entre



sus flores. Así llegó Marius á conocer plenamente á aquel hombre raro, sublime y afable, aquella especie de leoncordero que habia sido su padre.

Entre tanto, ocupado sin cesar en este estudio que le embargaba todos sus instantes, como todos sus pensamientos, apenas solía ya ver á los Gillenormand. Á las horas de comer se hacia presente; despues, en vano le buscaban, ya no estaba en casa. La tía refunfuñaba. El tío Gillenormand sonreía. — ¡Vaya! ¡qué tiene eso de particular! ¡está en la edad de ir tras de las chicas! — Á veces el viejo añadió: — ¡Diablos! yo pensaba que no era sino una galantería, mas parece que es una pasión.

Ya era una pasión, en efecto. Marius estaba adorando á su padre.

Al mismo tiempo se operaba una transformación, un cambio extraordinario en sus ideas. Las fases de este cambio fueron numerosas y sucesivas. Como esta metamorfosis intelectual y moral es la verdadera historia de muchos espíritus de nuestra época, creemos útil seguir aquí esas fases paso á paso é indicarlas todas á su vez.

La historia en la cual acababa él de fijar sus ojos le dejó despavorido y azorado.

El primer efecto fué de deslumbramiento.

La república, el imperio, no habian sido para él hasta entónces sino palabras monstruosas. La república, una guillotina en un crepúsculo; el imperio, un sable en la noche. Acababa de verlos, y allí donde él no esperaba encontrar sino un caos de tinieblas, habia visto, con una especie de sorpresa inaudita mezclada de temor y de alegría, lucir y brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Danton, y nacer y elevarse un sol, Napoleon. No sabía él dónde se hallaba. Retrocedía cegado por tanta luz, tanto esplendor. Poco á poco, una vez pasado el asombro, la fascinación de las primeras impre-

siones, se fué acostumbrando á estos resplandores, consideró las acciones sin vértigo, examinó los personajes sin terror; la revolución y el imperio se colocaron luminosamente en perspectiva ante su pupila visionaria; vió cada uno de estos grupos de acontecimientos y de hombres resumirse en dos hechos enormes; la república en la soberanía del derecho cívico restituida á las masas; el imperio en la soberanía de la idea francesa impuesta á la Europa; vió salir de la revolución la grande figura del pueblo, y del imperio la grande figura de la Francia. Y se declaró en su conciencia que todo aquello habia sido bueno.

Lo que su deslumbramiento omitía en esta primera apreciación, demasiado sintética, no creemos necesario indicarlo aquí. Sólo verificamos el estado de un espíritu en marcha. Los progresos no se hacen todos en una etapa. Dicho esto, una vez por todas, para lo que precede como para lo que va á seguir, continuemos.

Persuadióse entónces de que hasta aquel momento, no habia él comprendido á su país mejor de lo que habia comprendido á su padre. Ni á uno ni á otro los habia conocido, habiendo tenido una especie de noche voluntaria ante sus ojos. Ahora ya veía; y por un lado admiraba, por otro adoraba.

Estaba lleno de pesares y de remordimientos, y pensaba con desesperación que todo cuanto tenia en el alma, no podía decirlo ya sino á una tumba. ¡Oh! si su padre hubiera existido, si le hubiera tenido aún, si Dios en su compasión y en su bondad hubiera permitido que aquel padre estuviese todavía vivo, cómo habria él corrido, cómo se habria precipitado hácia él, como habria gritado á su padre: ¡Padre mio! ¡aquí me tienes! ¡soy yo! ¡yo, que tengo el mismo corazón que tú! ¡yo, tu hijo! Cómo habria abrazado su cabeza blanca, inundado aquellas canas de lágrimas, contemplado su cicatriz, estrechado sus manos, adorado



sus vestidos, besado sus piés. ¡Oh! por qué había muerto tan pronto aquel padre, ántes de la edad, ántes de la justicia, ántes del amor de su hijo! Marius tenía un continuo sollozo en el corazón que á cada momento decía: ¡Ay de mí! Al mismo tiempo se iba haciendo cada vez más verdaderamente formal, más verdaderamente grave, más seguro de su fe y de sus pensamientos. Á cada instante venían á completar su razón ciertos resplandores de la verdad. Realizábase en él un desarrollo, un verdadero crecimiento interior. Sentía en sí una especie de engrandecimiento natural que le traían aquellas dos cosas nuevas para él, su padre y su patria.

Poseedor ya de una clave, ó una llave, todo lo abría; explicábase lo que había odiado, penetraba en lo que había aborrecido; veía ya en lo sucesivo claramente el sentido providencial, divino y humano, de las grandes cosas que le habían enseñado á detestar y de los grandes hombres que le habían acostumbrado á maldecir. Cuando pensaba en sus anteriores opiniones, que no eran sino de ayer, y que sin embargo, le parecían ya tan antiguas, se indignaba y sonreía. De la rehabilitación de su padre había él pasado naturalmente á la rehabilitación de Napoleón.

No obstante, debemos decir que esta no se había hecho en él sin vencer grandes dificultades.

Habíanle imbuido desde la infancia ciertos juicios del partido de 1814 acerca de Bonaparte. Ahora bien, todas las preocupaciones y errores de la restauración, todos sus intereses, todos sus instintos, tendían á desfigurar á Napoleón. Le execraba ella más aún que á Robespierre. Había explotado con bastante habilidad la fatiga de la nación y el justo descontento de las madres á quienes el plomo mortífero arrebatara tantos hijos en cientos de combates. Bonaparte había venido á ser una especie de monstruo casi fabuloso, y para pintarle á la imaginación del pueblo que, como he-

mos dicho hace poco, se parece á la imaginación de los niños, el partido de 1814 hacía aparecer sucesivamente todas las figuras y todas las máscaras pavorosas, desde lo que es terrible sin dejar de ser grandioso, hasta lo que es terrible convirtiéndose en grotesco, desde Tiberio hasta Croquemitaine<sup>1</sup>. Así que, hablando de Bonaparte, era uno libre de sollozar ó de estallar de risa, con tal que el odio sirviera de base al uno como al otro sentimiento. Marius no había tenido jamás — acerca de aquel hombre, como le llamaban entonces, — otras ideas en su espíritu, las cuales se habían combinado con la tenacidad que estaba en su naturaleza. Había en él todo un hombrecito testarudo que aborrecía á Napoleón.

Gracias á la lectura de la historia, que él estudió sobre todo en los documentos oficiales y en los genuinos materiales que entran en su natural composición, el velo que cubría á Napoleón para los ojos de Marius fué rasgándose poco á poco. Vislumbró desde luego una figura inmensa, y sospechó que se había engañado hasta entonces con respecto á Bonaparte, como sobre todas las demás cosas; cada día veía más claro; y se puso á ascender y á trepar lentamente, paso á paso al principio y casi con pesar, después con verdadera delectación, y como atraído por una fascinación irresistible, primero las gradas sombrías, en seguida las gradas vagamente iluminadas, y por último las gradas luminosas y espléndidas del entusiasmo.

Hallábase una noche solo en su cuartito, que estaba bajo el tejado. Tenía la bujía encendida; y él estaba leyendo, apoyado de codos sobre su mesa, al lado de la ventana abierta. Toda especie de ensueños le acometían,

<sup>1</sup> *Croquemitaine* en francés equivale en español al Coco en sentido de fantasma pavorosa.



como si desde la inmensidad del espacio fueran á agruparse y á confundirse en su mente. ¡La noche es un grande espectáculo! óyense en ella sordos ruidos sin saber de dónde vienen, vese brillar como una brasa á Júpiter que es mil doscientas veces más grande que la tierra; la bóveda celeste es negra, las estrellas resplandecen, es una escena formidable.

Estaba él leyendo los partes del grande ejército, esas estrofas homéricas escritas en el campo de batalla; y de vez en cuando encontraba en ellos el nombre de su padre, siempre el nombre del emperador; todo el grande empeño se le representaba; sentía como una especie de marea que iba creciendo en él y subiendo sin cesar; parecíale por momentos que su padre pasaba delante de él como un soplo, y que le hablaba al oído; transformábase poco á poco en un sér extraño; creía oír los tambores, la artillería, los clarines, el paso mesurado de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de vez en cuando, sus ojos se levantaban hácia el cielo y veían relucir en las profundidades sin fondo las constelaciones colosales; despues recaían sobre el libro y veían en él otras cosas colosales que se removían confusamente. Tenía el corazón oprimido. Hallábase transportado, jadeante, tembloroso; cuando hé aquí que de repente, y sin saber él mismo lo que le pasaba, ni á qué impulso obedecía, levántase, extiende ambos brazos fuera de la ventana, mira fijamente la sombra, el silencio, el tenebroso infinito, la eterna inmensidad, y grita: ¡Viva el emperador!

Desde este momento, todo estaba ya dicho; el Ogro de Górcega, — el usurpador, — el tirano, — el monstruo amante de sus hermanas, — el histrión que tomaba lecciones de Talma, — el envenenador de Jaffa, — el tigre, — Buonaparte, — todo esto se desvaneció para él, y dió lugar, en su espíritu á un vago y brillante centelleo, en

que resplandecía á una altura inaccesible la pálida y mármorea fantasma de César. El emperador no había sido para su padre sino el muy querido capitán á quien se admira y á quien se consagra toda la adhesión; para Marius fué algo más que esto. Fué el constructor predestinado del grupo francés sucediendo al grupo romano en la dominación del universo. Fué el prodigioso arquitecto de un desplomamiento, el continuador de Carlomagno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV y del comité de salud pública, teniendo sin duda sus manchas, sus faltas y aun su crimen, es decir, siendo hombre; pero augusto en sus faltas, brillante en sus manchas, poderoso en su crimen.

Él fué el hombre predestinado que obligó á todas las naciones á decir: — la grande nación. Fué más aún; fué la encarnación misma de la Francia, conquistando la Europa con la espada que empuñaba y el mundo con la luz que derramaba. Marius vió en Bonaparte el espectro deslumbrador que se alzaría siempre sobre nuestras fronteras y que guardará el porvenir. Déspota, pero dictador: déspota que resulta de una república y que resume una revolución. Napoleon vino á ser para él hombre-pueblo, como Jesus es el hombre-Dios.

Segun se advierte desde luego, á la manera que acontece con todos los neófitos que acaban de tomar partido por una nueva religion, su conversión le embriagaba, precipitábase en la adhesión é iba demasiado lejos. Su naturaleza estaba hecha para obrar así; una vez colocado en una pendiente, érale casi imposible enrayar y detener su curso. El fanatismo por la espada se iba apoderando de él y complicando en su espíritu el entusiasmo por la idea. No se apercebia él de que, juntamente con el genio, y en plena confusión, admiraba la fuerza, es decir, que instalaba en los dos compartimientos de su idolatría, por



una parte lo que es divino, y por otra lo que es brutal. Bajo muchos conceptos, habíase él expuesto á engañarse en otro sentido. Todo lo admitía. Hay una manera de encontrarse con el error marchando hácia la verdad. Tenía una especie de buena fe violenta que lo abrazaba todo en conjunto. En la nueva vía que había emprendido, al juzgar las faltas del antiguo régimen como al medir la gloria de Napoleon, prescindía de las circunstancias atenuantes.

De todos modos, había ya dado un paso prodigioso. Donde él había visto en otro tiempo la ruina de la monarquía, veía ahora el advenimiento de la Francia. Su manera de orientarse había cambiado enteramente. Lo que para él era ántes el poniente se convirtió en levante. Había dado una vuelta completa.

Todas estas revoluciones se consumaban en él sin que su familia lo advirtiera.

Cuando en este misterioso trabajo que fué operándose en él hubo perdido enteramente su antigua piel de borbonista y de ultra; cuando se hubo despojado de todo cuanto tenía de aristócrata, de jacobita y de realista; cuando era ya plenamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, fué á casa de un grabador del muelle de los Orfèvres y le encargó cien tarjetas con este nombre: *El baron Marius de Pontmercy*.

Lo que no era más que una consecuencia muy lógica del cambio que se había operado en él, cambio, en el cual todo gravitaba en derredor de su padre.

Sólo que, como él no conocía á nadie, y por consiguiente no podía ir distribuyendo sus tarjetas en manos de ningún portero, se las metió en el bolsillo.

Por otra consecuencia no ménos natural, á medida que se acercaba y se unía á su padre, á su memoria, á las cosas por las cuales había combatido el coronel por espacio

de veinticinco años, se alejaba de su abuelo. Ya lo hemos indicado, hacía mucho tiempo que el genial y los hábitos del señor Gillenormand no le agradaban; existiendo ya entre ellos todas las disonancias que naturalmente existen entre un jóven grave y un viejo frívolo. La alegría de Geronte choca y exaspera á la melancolía de Werther. Mientras que entre ellos habían sido comunes las mismas opiniones y las mismas ideas políticas, Marius se había encontrado allí con el señor Gillenormand como sobre un puente. Mas cuando este puente cayó, abrióse el abismo. Y además, Marius experimentaba sobre todo ciertos movimientos y arranques de rebelion inexplicables, al pensar que aquel mismo señor Gillenormand era quien, por motivos estúpidos, le había arrancado sin piedad de los brazos del coronel, privando así al padre del hijo y al hijo del padre.

Á fuerza de piedad por su padre, casi había llegado Marius á tener aversion á su abuelo.

Por lo demas, como hemos dicho ya, nada de esto se traslucía en el exterior. Sólo que se mostraba cada vez más frío; lacónico en las horas de comer, y raro en casa. Cuando su tia le regañaba por este cambio que se notaba en su conducta, se mostraba muy dócil y humilde, y daba por pretexto sus estudios, los cursos, los exámenes, conferencias, etc. El abuelo no salía nunca de su diagnóstico infalible: — Enamorado! yo conozco bien eso.

De vez en cuando hacía Marius algunas ausencias.

— ¿Pero adónde irá de este modo? preguntaba su tia.

En uno de estos viajes, siempre muy cortos, había ido á Montfermeil, á fin de cumplir con la indicacion que su padre le había dejado por escrito, y procuró informarse del paradero del antiguo sargento de Waterloo, el mesonero Thénardier. Thénardier se había declarado en quiebra, su posada estaba cerrada, y nadie sabía lo que



había sido de él ni de su familia. Por vacuare estas averiguaciones, Marius estuvo cuatro días ausente de casa.

— No cabe duda, dijo el abuelo, se va desarreglando.

De algun tiempo á esta parte habian creído notar que llevaba sobre su pecho, debajo de la camisa, cierta cosa que pendía del cuello por medio de una cinta negra.

## VII

## ALGUN FALDON

Hemos hablado de un lancero.

Era este un sobrino en segundo grado que el señor Gillenormand tenía por el lado de su padre, y el cual hacía, fuera de la familia y lejos de todo hogar doméstico, la vida de guarnicion. El teniente Theódulo Gillenormand llenaba todas las condiciones necesarias para ser lo que llaman un lindo oficialito. Tenía « un talle de señorita, » una manera triunfal de arrastrar el sable, y su bigote retorcido. Venía muy rara vez á París, tan rara, que Marius no le había visto nunca. Los dos primos no se conocían sino de nombre. Creemos haber dicho ya que Theódulo era el favorito de su tía Gillenormand, la cual le prefería sin duda porque casi no le veía nunca. El no ver á las gentes permite suponer en ellas todas las perfecciones imaginables.

Cierta mañana entró en casa la señorita Gillenormand



tan conmovida como podían permitírsele su mucha dulzura y su afabilidad. Marius acababa aún de pedir á su abuelo permiso para hacer un corto viaje, añadiendo que pensaba marchar aquella misma noche. — Está bien, le había respondido su abuelo, y el señor Gillenormand había añadido aparte, arqueando mucho las cejas hácia lo alto de la frente: Se acuesta fuera de casa, con reincidencia! La señorita Gillenormand había subido á su cuarto bastante inquieta é incomodada, y había soltado en la escalera esta exclamacion: ¡ Esto es ya demasiado! y esta interrogacion: ¿ Pero adónde irá? Entreveía ella en todos aquellos pasos desconocidos alguna aventura de corazon, más ó ménos ilícita, una mujer en la penumbra, una cita, un misterio, y no la habria disgustado introducir en él sus gafas. La penetracion de un misterio, es una cosa parecida á las primicias de un escándalo; las almas santas no desdenan ni aborrecen esto. En las secretas regiones de la mojigatería hay siempre alguna curiosidad por conocer los arcanos de la crónica escandalosa.

Hallábase pues acometida del vago apetito de saber una historia.

Para distraerse de esta vehemente comezon de curiosidad que la agitaba algo más de lo que la permitian de ordinario los hábitos de su vida monótona, se habia ella refugiado en sus talentos, poniéndose á festonear con algodón, sobre algodón, uno de esos bordados del imperio y de la restauracion en los cuales hay muchas ruedas de cabriolé. Laboriosa, obrera brusca. Hacía ya muchas horas que se hallaba sentada en su butaca, cuando hé aquí que se abre la puerta. La señorita Gillenormand levanta la nariz, y ve entrar al teniente Theódulo, quien la hizo el correspondiente saludo de ordenanza. La tia lanzó un grito de gozo al ver al sobrino. Por más que una mujer sea vieja, gazmoña, devota, santurróna. y tia, siempre la es agra-

dable el ver entrar en su cuarto un oficial de lanceros.

— ¡ Tú aquí, Theódulo! exclamó.

— Sólo de paso, tia.

— ¡ Pero ven y bésame!

— ¡ Ya lo hago! dijo Theódulo.

Y la besó. Su tia Gillenormand se dirigió á su papelera, y la abrió.

— Á lo ménos espero que permanecerás con nosotros toda la semana.

— Tia, me marcho esta misma noche.

— ¡ Eso no es posible!

— Matemáticamente.

— Quédate, Theodulito mio, yo te lo ruego.

— El corazon me dice que sí, pero la consigna me dice que no. La historia es muy sencilla. Nos cambian de guarnicion; estábamos en Melun, y nos trasladan á Gailon. Para ir desde la antigua guarnicion á la nueva, es preciso pasar por París; y yo dije: Voy á ver á mi tia.

— Aquí tienes, por la molestia que te has dado.

Y le puso en la mano diez luises.

— Usted quiere decir, sin duda, por el placer que me he procurado, querida tia.

Theódulo la abrazó y besó segunda vez, y ella tuvo el placer de que la desollara un poco el pescuezo con los galones de oro del uniforme.

— ¿ Haces el viaje á caballo con tu regimiento? le preguntó ella.

— No, querida tia. Yo he querido absolutamente venir á verla á usted. Al efecto, tengo un permiso especial. Mi asistente se llevó el caballo; yo iré en la diligencia. Y á propósito de esto, es menester que yo la pregunte á usted una cosa.

— ¿ Qué?

— Mi primo Marius Pontmercy. ¿ viaja tambien como yo?